



La Santa Sede

LA MISA MATUTINA TRANSMITIDA EN DIRECTO
DESDE LA CAPILLA DE LA CASA SANTA MARTA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

"El Espíritu Santo crea la armonía de la Iglesia, el espíritu maligno destruye"

Sábado, 9 de mayo de 2020

[[Multimedia](#)]

Introducción

Hoy es la conmemoración de santa Luisa de Marillac [la memoria litúrgica se celebra el 15 de marzo, pero como este año caía en tiempo de Cuaresma ha sido trasladada a hoy]. Recemos por las hermanas vicentinas que llevan adelante este ambulatorio, este "hospital" desde hace casi 100 años [se trata del *Dispensario pediátrico Santa Marta* que gestionan las hermanas de la Congregación de las Hijas de la Caridad] y trabajan aquí, en Santa Marta, para este "hospital". Que el Señor bendiga a las hermanas.

Homilía

Hemos recitado en el Salmo: «¡Cantad al Señor un nuevo canto, porque ha obrado maravillas; le sirvió de ayuda su diestra, su santo brazo! El Señor ha dado a conocer su salvación, ha revelado su justicia a las naciones» (*Sal* 97,1-2). Esto es verdad. El Señor ha hecho maravillas. ¡Pero cuánto esfuerzo! ¡Qué difícil es para las comunidades cristianas llevar a cabo estas maravillas del Señor!

En el pasaje de los Hechos de los Apóstoles (cf. 13, 44-52) hemos sentido la alegría: toda la

ciudad de Antioquía se reunió para escuchar la Palabra del Señor, porque Pablo, los apóstoles predicaban con fuerza, y el Espíritu los ayudaba. Pero «los judíos, al ver a la multitud, se llenaron de envidia y contradecían con palabras insultantes cuanto Pablo decía» (v. 45). Por un lado está el Señor, está el Espíritu Santo que hace crecer a la Iglesia, y crece cada vez más, esto es cierto. Pero, por otro lado, está el espíritu malvado que trata de destruir a la Iglesia. Siempre es así. Siempre así. Se sigue adelante, pero luego viene el enemigo tratando de destruir. El balance es siempre a largo plazo, pero ¡cuánto esfuerzo, cuánto dolor, cuánto martirio!

Esto sucedió aquí, en Antioquía, y sucede en todas partes en el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Pensemos, por ejemplo, en Listra, cuando llegaron y sanaron [un parálítico] y todos creían que eran dioses y querían hacer sacrificios, y toda la gente estaba con ellos (cf. *Hch* 14, 8-18). Luego vinieron los demás y los convencieron de que no era así. Y ¿cómo acabaron Pablo y su compañero? Apedreados (cf. *Hch* 14,19). Siempre esta lucha. Pensemos en el mago Elimas, en cómo lo hizo para que el Evangelio no llegase al cónsul (cf. *Hch* 13,6-12). Pensemos en los amos de esa muchacha que hacía la adivina: explotaban bien a la muchacha, porque “leía las manos” y recibía dinero que iba a parar al bolsillo de los amos. Y cuando Pablo y los apóstoles mostraron que esto era una mentira, que no estaba bien, inmediatamente la revolución contra ellos (cf. *Hch* 16,16-24). Pensemos en los artesanos de la diosa Artemisa [en Éfeso], que perdían su negocio al no poder vender “las figuras”, porque la gente ya no las compraba, porque se había convertido. Y así, un caso detrás del otro. Por un lado, la Palabra de Dios que convoca, que hace crecer, por otro lado la persecución, y gran persecución porque termina echándolos, pegándoles...

¿Y cuál es el instrumento del diablo para destruir el anuncio evangélico? *La envidia*. El Libro de la Sabiduría lo dice muy claro: “Por la envidia del diablo entró el pecado en el mundo” (cf. *Sab* 2,24), envidia, celos. Siempre este sentimiento amargo, amargo. Esta gente veía cómo se predicaba el Evangelio y se enojaba, se carcomía de rabia. Y esta rabia les llevaba adelante: es la rabia del diablo, es la rabia que destruye, la rabia de ese “¡crucifica, crucifica!”, de esa tortura de Jesús. Quiere destruir. Siempre. Siempre.

Ante esta lucha, vale también para nosotros la hermosa expresión: “La Iglesia avanza entre los consuelos de Dios y las persecuciones del mundo” (cf. San Agustín, *De Civitate Dei*, XVIII, 51,2). A una Iglesia que no tiene dificultades le falta algo. El diablo está demasiado tranquilo. Y si el diablo está tranquilo, las cosas no van bien. Siempre la dificultad, la tentación, la lucha... Los celos que destruyen. El Espíritu Santo hace la armonía de la Iglesia, y el espíritu malvado destruye. Hasta hoy. Hasta hoy. Siempre esta lucha. Los poderes temporales son un instrumento de estos celos, de esta envidia. Aquí nos dice que «los judíos incitaron a algunas mujeres piadosas de la nobleza» (*Hch* 13,50). Fueron a donde estas mujeres y les dijeron: “Estos son revolucionarios, expulsarlos”. Las mujeres hablaron con las demás y los expulsaron: eran las “mujeres piadosas” de la nobleza y también los notables de la ciudad (cf. v. 50). Van donde el poder temporal; y el poder temporal puede ser bueno: las personas pueden ser buenas, pero el

poder como tal siempre es peligroso. El poder del mundo contra el poder de Dios mueve todo esto; y siempre detrás de esto, detrás de ese poder, está el dinero.

Lo que sucede en la Iglesia primitiva: la obra del Espíritu para construir la Iglesia, para armonizar la Iglesia, y la obra del espíritu malvado para destruirla, y el uso de los poderes temporales para detener a la Iglesia, destruir la Iglesia, no es más que una evolución de lo que sucedió la mañana de la Resurrección. Los soldados, al ver ese triunfo, fueron a los sacerdotes, y los sacerdotes “compraron” la verdad. Y la verdad fue “silenciada” (cf. *Mt 28,11-15*). Desde la primera mañana de la Resurrección, el triunfo de Cristo, existe esta traición, este “silenciar” la palabra de Cristo, “silenciar” el triunfo de la Resurrección con el poder temporal: los sumos sacerdotes y el dinero.

Estemos atentos, estemos atentos a la predicación del Evangelio: no caigamos nunca en poner la confianza en los poderes temporales y el dinero. ¡La confianza de los cristianos es Jesucristo y el Espíritu Santo que envió! ¡Y el Espíritu Santo es la levadura, es la fuerza que hace crecer a la Iglesia! Sí, la Iglesia avanza, en paz, con resignación, alegre: entre “los consuelos de Dios y las persecuciones del mundo”.

Oración para recibir la Comunión espiritual

Las personas que no pueden recibir la comunión hacen ahora la comunión espiritual.

Creo, Jesús mío, que estás realmente presente en el Santísimo Sacramento del altar. Te amo sobre todas las cosas y deseo recibirte en mi alma. Ya que no puedo recibirte sacramentalmente ahora, ven al menos espiritualmente a mi corazón. Y como si te hubiese recibido, me abrazo y me uno todo a ti. No permitas que jamás me aparte de ti.